

La evangelización bajo el signo de la Pascua

Miguel Ángel Medina Escudero

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN El mensaje cristiano es un “evangelio”. Para los primeros testigos de la Pascua, el reencuentro con Jesús vivo significó el acontecimiento escatológico que imprimía un giro decisivo en la historia del mundo y a su propia historia. Fue la alegría del misterio pascual, junto con la experiencia del don del Espíritu, la motivación de vida y actividad evangelizadora de la Iglesia. El “paso” de Jesús constituyó la apertura de un camino nuevo. A la luz de la Pascua no se puede hablar de Dios más que en referencia a la acción de resucitar a Jesús por el Espíritu. En la resurrección de Jesús, Dios se ha expresado a sí mismo. Y, con ese poder y Espíritu, los testigos de la Pascua proclaman, anuncian y dan testimonio de “su paso” a la nueva vida en el Resucitado.

PALABRAS CLAVE Misión, evangelización, experiencia de Cristo resucitado, kerigma, pascua y misterio pascual.

SUMMARY *The Christian message is the “Good News”. For the first witnesses of the Paschal Mystery, the reunion with the living Jesus signified an eschatological development that launched a decisive revolution in world history and in that of its witnesses. The joy of the Paschal Mystery, together with the experience of the gift of the Spirit, became the central motivation of their lives and of the evangelizing activity of the Church. The “passing” of Jesus opened up a new Way. With this Easter experience, they could only speak of God in the context of the Resurrection of Jesus by the Spirit. God communicates Himself in the Resurrection of Jesus. With this power and Spirit, the Easter witnesses proclaim, announce and give testimony to the “passing” to new life in the Resurrection.*

KEYWORDS *Mission, Evangelization, Experience of the Resurrected Christ, Kerygma, Easter and the Paschal Mystery.*

I. INTRODUCCIÓN

No podrá existir una auténtica evangelización sin el envío y mensaje de Jesucristo, crucificado, resucitado y sentado a la derecha del Padre¹. Puede haber diversas misiones, pero lo que hace única la misión de la Iglesia es el contenido del mensaje a proclamar: Jesucristo. Perder ese centro cristológico en la actividad evangelizadora es perder el centro de la misión misma, de su mensaje y de su fuerza: “El misterio pascual de Cristo está en el vértice de la revelación del inescrutable misterio de Dios”². En Jesús de Nazaret, crucificado, resucitado y ensalzado a la derecha de Dios, el Padre hace un ofrecimiento de sí absoluto, final e irrevocable. De aquí que Jesús sea la fuente de salvación universal y la fuerza donde reside la alegría, la urgencia y el compromiso de la evangelización.

En los cuatro Evangelios, la muerte, resurrección y exaltación de Jesús, proclaman la autoridad de Jesús y son punto de partida fundamental para la misión universal: experiencia del Resucitado y misión se compenetran mutuamente; resurrección y misión son indisociables, de modo que toda la experiencia pascual va íntimamente unida a la misión o predicación del Evangelio.

El primer anuncio del kerigma proclama a Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, que comunica, de parte del Padre, la vida nueva en el Espíritu. Cuando san Pedro, el día de Pentecostés, anunciaba a Cristo muerto y resucitado, proclamaba un primer anuncio del misterio redentor que se comunica a todo corazón que se abre al amor: “a este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos”. San Pablo, también basa el primer anuncio en el mismo contenido: Cristo, por su resurrección, manifiesta que es Hijo de Dios hecho nuestro hermano por la fuerza del Espíritu. Este es el evangelio que Dios había prometido y que el mismo Jesús manda a los apóstoles que prediquen a todas las gentes: el mensaje de su encarnación y redención, de suerte que toda la humanidad quedara invitada y urgida a participar en el misterio trinitario de Dios amor. Por este motivo, el apóstol queda urgido³ a hacer este “primer anuncio” a todos los pueblos, dando testimonio de Cristo

1 “Cristo resucitado y glorioso es la fuente profunda de nuestra esperanza [...] y cada evangelizador es un instrumento de ese dinamismo” (FRANCISCO, *Exhortación apostólica* Evangelii gaudium [24-XI-2013] 275-276).

2 JUAN PABLO II, *Carta encíclica* Dives in misericordia (=DM) (30-XI-1980) 8.

3 Cf. M. A. MEDINA, “El derecho a recibir el anuncio del Evangelio de la salvación”, en: J. C. CARVAJAL BLANCO (coord.) *La misión evangelizadora de la Iglesia* (Madrid 2016) 209-232.

enviado por el Padre con la fuerza del Espíritu, porque “toda persona tiene derecho a escuchar la Buena Nueva de Dios que se revela y se da en Cristo, para realizar en plenitud la propia vocación” (RM 46).

La novedad de la misión cristiana estriba en este anuncio de la encarnación del Verbo y de su misterio pascual, epifanía del misterio trinitario. La misión, que el Padre encomienda a Jesús, ocupa todo su ser, su obrar y todas sus vivencias. La centralidad de Cristo, muerto, resucitado y ensalzado, en la vida cristiana se manifiesta y prolonga con su centralidad en la evangelización. Cristo es el centro de la misión de la Iglesia en todas sus formas: anuncio de la fe, celebración de los sacramentos y existencia cristiana como vida de servicio a las personas y al mundo.

II. JESUCRISTO EN EL CENTRO DE LA EVANGELIZACIÓN: LA MISIÓN EVANGELIZADORA NACE EN LA PASCUA

No puede darse misión evangelizadora sin Jesucristo, crucificado, resucitado y sentado a la derecha del Padre. Lo que hace única la misión de la Iglesia es Jesucristo. Perder este elemento central en la actividad evangelizadora es perder el núcleo y significado de la misión misma⁴.

Cristo resucitado es el alfa y omega, el origen y el punto final de la transformación del mundo, por la fuerza atractiva de la cruz y de la resurrección. Cristo es el centro de la misión de la Iglesia en todas sus formas, pues él es el modelo y, al mismo tiempo, el contenido central de la evangelización: la predicación realizada por Jesucristo, animado por el Espíritu, será definitivamente el modelo y referencia para toda ulterior evangelización cristiana.

En el Nuevo Testamento encontramos dos grandes tradiciones con relación a la efusión y presencia activa del Espíritu en Jesucristo y, por tanto, en su Cuerpo. Hay una tradición lucana y otra joánica. En ambas se señala

4 Cf. S. KAROTEMPREL, “Jesucristo, centro de la evangelización”: *Omnis Terra* 25 (1993) 78-85. En tiempos pasados, la evangelización llegó a significar evangelización de las culturas, entrar en diálogo con las religiones, interpretar la presencia de Dios en la historia o tener una visión del destino común de la humanidad... No obstante, en todo este proyecto saltaba a la vista la falta del anuncio de la acción paradigmática de Jesucristo. Pablo lo intentó en Atenas, cuando proclamó al Dios desconocido (Hch 17,16-34), pero aprendió la lección de una vez para siempre y desde entonces decidió predicar solamente a Jesucristo, y este crucificado.

con nitidez que el don del Espíritu es el fruto de la Pascua, donado por Cristo universalmente y para siempre. El momento de la alianza nueva y eterna, anunciado en la Última Cena, supone la consumación de la Pascua en el Espíritu del Padre y del Hijo⁵ y el comienzo del universalismo de la salvación cristiana. Podríamos decir que la Pascua encuentra su plenitud de significado y valor en el permanente Pentecostés⁶.

Pero, esta experiencia radicalmente nueva, no es un simple “caer en la cuenta” o entender ahora lo que antes no comprendían. El Espíritu, que Jesús les había prometido, transforma radicalmente la vida de los discípulos, provocando en ellos la fortaleza y la adhesión inquebrantable al Jesús ahora vivo y a su causa. Por eso, Pentecostés es señalado como el acontecimiento que ilumina la resurrección y da origen a la evangelización de la Iglesia. La donación del Espíritu origina la plenitud de los tiempos: el Espíritu anima y da vida a la comunidad cristiana; conduce la comunidad apostólica a la fe pascual que proclamarán en su predicación.

Por eso, al hablar de la evangelización cristiana nos referimos ante todo a la realizada por la comunidad apostólica a partir de Pascua-Pentecostés. La experiencia pascual de los apóstoles es el punto de partida de la primera evangelización cristiana, pero también es el contenido esencial de la misma.

Pascua-Pentecostés cambia sustancialmente la fe los apóstoles y las motivaciones de su seguimiento de Jesús. Después del escándalo y la dispersión, que la cruz había provocado en ellos, ahora son nuevamente convocados por la experiencia de haber visto y comido con Cristo vivo y resucitado. Ahora comprenden que sólo el itinerario muerte-vida conduce al triunfo del plan salvífico de Dios. Experimentan vivamente que Dios ha triunfado sobre la muerte, resucitando a Jesús; que está vivo y es el Cristo exaltado a la derecha de Dios. Todo esto es asunto de fe. Y, esta fe es la que desencadena la evangelización.

La experiencia de ver en medio de ellos a Jesús resucitado es capital para entender la base de la predicación evangelizadora. El mandato de evangelizar brota de los labios de Jesús resucitado (aunque también había aparecido antes en la oración sacerdotal de la Cena). Sin embargo, ahora, el contenido del

5 Cf. J. POYATO, “La Iglesia constituida en la Pascua de Cristo”: en J. C. CARVAJAL BLANCO (dir), *Emplazados para una nueva evangelización* (Madrid 2013) 110-111

6 Cf. R. CANTALAMESA, *La Pascua de nuestra salvación* (Madrid 2006); F-X DURWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia* (Salamanca 1990)

mensaje a proclamar al mundo entero tiene como punto neurálgico y fuerza de expansión la nueva vida del Resucitado, de la que los apóstoles son solemnemente investidos como testigos por el mismo Jesús, ya glorioso y exaltado. Por eso no hay otra base más firme para anunciar la Buena Noticia que esa experiencia, la cual, con la intervención del Espíritu Santo, se convierte en fundamento y fuerza: “A este Jesús Dios le resucitó, de lo cual todos nosotros somos testigos” (Hch 2,32).

Es explicable que el primer anuncio sea puesto en boca de Pedro, inmediatamente después del acontecimiento de Pentecostés, y que dicho anuncio verse y tenga como centro el kerigma, resultado de la Pascua-Pentecostés. Lo que destaca en las palabras de Pedro es su carácter esencialmente kerigmático.

No se trata de una simple enseñanza o instrucción doctrinal; tampoco, es una simple predicación moral o simple exhortación a la penitencia. Es un anuncio-proclamación de Cristo resucitado y glorioso, mediador de toda salvación y liberación⁷. Ese anuncio-proclamación implica a toda la persona del evangelizador y explota con un especial fulgor en los primeros momentos de la comunidad cristiana. La respuesta a ese anuncio kerigmático es la fe y el inicio del proceso de nacimiento y crecimiento de la Iglesia: anuncio del kerigma; fe en el Señor Jesús; bautismo para el perdón de los pecados; incorporación a la comunidad y transformación del oyente, por la acción del Espíritu, en un nuevo apóstol⁸.

III. NO HAY EVANGELIZACIÓN SIN UNA EXPERIENCIA PERSONAL DE CRISTO RESUCITADO

El misterio de Cristo no solo es *criterio objetivo* para la educación de la fe. También es concentración de todos los contenidos y *criterio interpretativo*: en él se encuentra el significado central que ilumina todos los demás misterios, verdades o aspectos de la fe; incluso es el centro del sentido de la historia y de todos los acontecimientos.

7 Cf. Hch 2,16-26; 4,8-12; 5,29-32; 10, 34-43; Rm 8,31-34; 1 Co 15,1-11.

8 Cf. F. MARTÍNEZ DÍEZ, *La nueva evangelización, ¿restauración o alternativa?* (Madrid 1992) 57-58.

Pero hay otra dimensión a la que debemos prestar atención: Cristo es también el *centro de la espiritualidad y de la formación de los evangelizadores*: el resucitado se sitúa “en medio de ellos”: sólo mediante la comunión personal y comunitaria con Cristo, los enviados del Resucitado encuentran su vocación y su fuerza: Cristo es el centro de su vida, de su reflexión y de la comunicación de la fe. Pero, ésta ha de iniciarse con la experiencia de su encuentro con Cristo vivo: la misión de anunciar el Evangelio a las naciones es inseparable del descubrimiento, experiencia y relación personal y comunitario con Cristo vivo y glorioso. La comunión con Cristo estará, a partir de ese momento, en el centro de la vida espiritual de cualquier apóstol.

Un paradigma de esta experiencia de encuentro con Cristo la encontramos en la transformación apostólica de Pablo: la presencia del Resucitado juega el mismo papel que en quienes habían sido testigos de los tristes sucesos del viernes santo, cuando crucificaron a Jesús, y días después disfrutaron de la alegría de su presencia viva. Para ellos, el reencuentro con Jesús vivo significó un cambio sustancial, el acontecimiento escatológico que imprimía un giro decisivo en la historia del mundo y en su propia existencia. La cuna donde nació la Iglesia fue la alegría de la Pascua: “los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor”. Pero esta alegría se convertirá en movimiento tras el “paso” de Jesús de este mundo al Padre: la ascensión será la apertura de un camino nuevo.

En 1 Co 15,1-10, Pablo se coloca en la misma perspectiva y dinamismo. Esa experiencia es la que le legitima como apóstol: así lo siente y comunica. Como consecuencia de la aparición de Cristo vivo en su camino puede comprender y presentar el contenido central del kerygma cristiano, que incluye la muerte de Jesús por nuestra salvación y su resurrección, tal como fue experimentada por otras muchas personas antes que él.

En la vida de Pablo hay una experiencia concreta que supone el punto de partida y la explicación de toda su misión. ¿Qué vio o, al menos, qué intuyó Pablo en esa experiencia? Ante todo, quedó convencido de que Jesús, aquel crucificado, era el mesías esperado, había resucitado y había sido exaltado como Hijo de Dios. Y vio también que Dios, a través de ese Jesús ofrecía ahora la salvación a todos, tanto judíos como gentiles. Esos presupuestos debieron hacerle cambiar su concepción de la historia, convenciéndole de que habían

llegado “los últimos tiempos” y de que Dios le llamaba a anunciar todo eso a los gentiles⁹.

Desde el instante en que asume que Jesús es el Mesías esperado; el Hijo de Dios, instrumento de salvación que Dios ofrece a todos, Pablo comprende que han comenzado los tiempos últimos y siente la forzosa urgencia de anunciar esta gran verdad a todas las gentes. El camino ya no será hacia Jerusalén, sino hacia Jesús. No puede dilatarse esta proclamación; hay que anunciarlo enseguida, sin esperar a que Jerusalén se convierta en “luz de las naciones”. Es el tiempo de la misión, tal como se confirma en las diversas efusiones del Espíritu en las comunidades (cf. Ga 3,1-5).

No importa tanto lo que hizo o dijo Jesús, sino en lo que representaba su forma gloriosa, *lo que es* por su crucifixión, muerte y resurrección. Esta revelación fue algo tan chocante que vino a convertirse en el núcleo del Evangelio de Pablo (cf. 1 Co 1,18-24). Todas estas ideas se fusionan en la cabeza y corazón de Pablo para empujarle irresistiblemente a evangelizar. Desde el momento de su conversión, se siente obligado a predicar. Tiene que anunciar el núcleo kerigmático de toda la experiencia cristiana: la experiencia pascual.

El encuentro con el Resucitado, la recepción del Evangelio y el anuncio a los gentiles forman una unidad; son dimensiones que se exigen necesariamente. La presencia de Jesús “en medio de ellos [en el cenáculo]”, llega a ser imprescindible para comprender el meollo del kerigma: Dios queda definido desde el acto de resucitar a Jesús, pues nos remite a la intimidad más profunda de Dios, a su capacidad creadora y a su relación con el Hijo (en el Espíritu). A la luz de la Pascua no se puede hablar de Dios más que en referencia a la acción de resucitar a Jesús por el Espíritu. Dios es el que ha resucitado a Jesús de entre los muertos (cf. Rm 4,24) con una fuerza equiparable a la que le permitió crear las cosas de la nada (cf. Rm 4,17). En la resurrección de Jesús Dios se ha expresado a sí mismo en todo su poder y gracia.

La potencia del acontecimiento pascual desvela a Dios como gracia y amor, porque realiza la entrega del don supremo que Dios puede hacer al mundo: el gesto de reconciliación de toda la humanidad con Él. Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, y por ello sus testigos y beneficiarios han recibido el ministerio de anunciar y celebrar el perdón de los pecados

9 Deducciones a partir de la lectura de Ga 1,11-17; 1 Co 15,8-11; 1 Co 9,1-2.

(2 Co 5,19-20). La reconciliación afecta al hombre individual, a los pueblos divididos y a toda la creación finita y caduca.

IV. LA PASCUA DE JESUCRISTO: LA ALEGRÍA QUE SE CONVIERTE EN EVANGELIO

Todo o casi todo lo que sabemos de la Pascua cristiana durante los dos primeros siglos, desde el punto de vista histórico, lo debemos a los documentos que nos ha transmitido el historiador Eusebio de Cesaréa¹⁰, quien habla de la “cuestión que se agitó en aquellos tiempos sobre la Pascua”.

Para fijar mejor los perfiles de esta fiesta hemos de tener en cuenta que hasta finales del siglo II, la Pascua fue la única fiesta anual de la cristiandad. Si las fuentes hablan a veces de Pentecostés, junto a la Pascua¹¹, no se trata, al menos hasta bien entrado el siglo IV, de una fiesta precisa diferente para recordar la efusión del Espíritu Santo, acontecida cincuenta días después. Muy al contrario, “Pentecostés” se refiere a toda la cincuentena como unidad de tiempo pascual. Quizás por esa razón Tertuliano habla del “verdadero día de fiesta”¹², pues en ella se celebraba la condensación de toda la historia de la salvación; reviviéndose en ese día toda la historia salvífica desde la creación hasta la parusía.

Esta perspectiva conjunta aparece en Melitón de Sardes y en el Pseudo Hipólito. Es un cuadro conformado por todo el misterio salvífico: preexis-

10 Eusebio de Cesaréa en su *Historia eclesiástica* escribe: “Por este tiempo suscitóse una cuestión bastante grave, por cierto, porque las iglesias de toda Asia, apoyándose en una tradición muy antigua, pensaban que era preciso guardar el decimo-cuarto día de la luna para la fiesta de la Pascua del Salvador, día en que se mandaba a los judíos sacrificar el cordero y en que era necesario a toda costa, cayera en el día en que cayese de la semana poner fin a los ayunos, siendo así que las iglesias de todo el resto del orbe no tenían por costumbre realizarlo de este modo, sino que, por una tradición apostólica, guardaban la costumbre que ha prevaletido incluso hasta hoy: que no está bien terminar los ayunos en otro día que en el de la resurrección de nuestro Salvador” (cf. E. DE CESAREÁ, *Historia eclesiástica*, I [Madrid 1973] 330). Ante esta circunstancia cuenta Eusebio que se celebraron reuniones y sínodos sobre el problema y se redactó un decreto eclesiástico en el que se afirma que el Misterio de la Resurrección del Señor no debía celebrarse en ningún otro día que no fuera el domingo y con ello se cerraba el ayuno en ese día solemne. Estas palabras son casi todo lo que tenemos hasta nuestros días sobre la primera etapa de la controversia Pascual.

11 Cf. C. SCHMIDT, “Acta Pauli”, 1 (Hamburgo 1936), en: *Hechos de Pablo*, 30-32.

12 TERTULIANO, *De baptismo*, 19,2. Para comprender la evolución del significado de “Pentecostés”, puede verse R. CABIE, *La Pentecôte. L'évolution de la cinquantaine pascale au cours des cinq premiers siècles* (París 1965).

tencia, prefiguración veterotestamentaria, encarnación, vida pública, pasión, muerte, resurrección y ascensión de Jesucristo forman un único cuadro, de modo que la Pascua podría definirse como la fiesta de la unidad de los Testamentos, donde “El misterio de la Pascua es Cristo”¹³; el Cristo de “ayer, hoy y siempre”; el mismo pronuncia el mandato: “Id y haced discípulos de todos los pueblos” (Mt 28,19).

Es significativo ver cómo el Evangelio de Jesucristo concluye con un envío para la misión. La Buena Noticia de Cristo resucitado es asumida como vocación y compromiso a compartir la alegría comunicada por la resurrección de Jesucristo. Es esta alegría la que constituye la fuerza inherente al Evangelio (cf. Rm 1,16) y lo que aporta a la Iglesia su dinamismo e identidad evangelizadora (cf. EN 14-15).

La experiencia del triunfo de Jesucristo, manifestada en la propia vida y en el modo de valorar la realidad, inunda de alegría a la comunidad¹⁴. La alegría pasa a ser una dimensión constitutiva de la comunidad redimida, alcanza prácticamente un nivel ontológico, pues es la reverberación de la gracia de Dios en el conjunto de la realidad. Es por ello expresión y manifestación de una vida lograda, de sintonía con el dinamismo del misterio pascual que apunta hacia su consumación, anticipada ya como fe, como esperanza, como amor.

Una lectura atenta de los relatos de las apariciones de Cristo resucitado muestra con claridad la omnipresencia de la alegría (cf. Lc 24,41). No puede ser de otro modo. La nueva creación, fruto del “primer día de la semana” según los relatos de las apariciones de Jesús, es obra de la fuerza del Espíritu. Y ese mismo Espíritu irradia su presencia en el don de la alegría (cf. Ga 5,22). Por eso, Pablo exhorta continuamente: “Estad siempre alegres” (Flp 4,1), “vidid alegres en la esperanza” (Rm 12,12), “que el Dios de la esperanza os llene de cumplida alegría” (Rm 15,13). La alegría es fuente de libertad y de generosidad (cf. 2 Co 9,4), por lo que predispone a la entrega y al servicio misionero. La capacidad de alegría, podríamos decir, es el criterio de la vocación a la misión.

Existe una sustancial concordancia de los cuatro evangelios sobre el fundamento de la misión: la presencia gloriosa de Jesucristo “en medio de

13 MELITON DE SARDES, *Peri Pascha*, 65. Peri Pascha es una homilía de Melitón de Sardes del siglo II escrita entre el 160 y el 170 d.C. en Asia Menor. Fue descubierta el siglo pasado y publicado por primera vez en 1940. Cf. CAMPBELL BONNER, *Melitón de Sardes, Homilía en la pasión* (Londres 1940).

14 “Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos” (Lc 24,36).

ellos” es la motivación fundamental de la misión. La resurrección de Jesucristo es el acontecimiento que proporciona contenido significativo a la misión: resurrección y misión son indisociables. Pero, por otra parte, y según la manera como los textos evangélicos son formulados, expresan experiencias diversas y se materializan en imágenes diversas de la misión, que más tarde se formalizarán durante la historia de la Iglesia según los carismas y las circunstancias, pero convergentes en su relación fundamental con la fuerza del Evangelio y la potencia del Resucitado: Jesucristo es la manifestación del amor, de la misericordia, del perdón, de la bondad y del poder de Dios. “El misterio pascual de Cristo está en el vértice de la revelación del inescrutable misterio de Dios. Precisamente entonces se cumplen por completo las palabras pronunciadas en el Cenáculo” (DM 8).

El Evangelio, que ha de anunciarse en la misión encomendada por Jesús, será la descripción de la vida de Jesús como “itinerario” a celebrar: encarnación (amor de la Trinidad), Belén (pobreza), Nazaret (vida oculta), desierto (oración y sacrificio), evangelización de los pobres (caridad), gozo anticipado de la Pascua (esperanza)¹⁵... Todo ello conforma el kerigma de la Pascua.

La actividad misionera de la Iglesia cambia los presupuestos: Jesús, el evangelizador, se convierte ahora en el Cristo proclamado por la comunidad cristiana. Pasa a ser el contenido central del kerigma proclamado. Esta proclamación constituye el elemento fundamental en todo proceso evangelizador, ya que contiene la esencia del mensaje cristiano¹⁶: Cristo resucitado, por la acción del Espíritu Santo, comunica el amor salvífico de Dios Padre. Este kerigma, nos dice el *Directorio para la catequesis*, “es simultáneamente un acto del anuncio y el contenido mismo del anuncio, proclamación que revela y hace presente el Evangelio. En el kerigma, el sujeto que actúa es el Señor Jesús, que se manifiesta en el testimonio de quien lo anuncia” (DC 58).

15 Cf. J. ESQUERDA BIFET, *Teología de la evangelización. Curso de misionología* (Madrid 1995) 158.

16 Los Evangelios sinópticos muestran una prospectiva misionera más amplia: intentan describir, justificar, renovar y motivar la misión cristiana universal, pero estos evangelizadores sinópticos (a diferencia de Pablo) incluyen la experiencia del Jesús pre-pascual: al relatar su vida, estilo de predicación, relaciones con la gente, su actividad liberadora o su interpretación de la ley... están invitando a la Iglesia inspirarse ahí para su misión.

1. EL KERIGMA QUE ANUNCIA LA PASCUA

A mediados del siglo pasado, el P. Rétif¹⁷ realizó un excelente estudio sobre el kerigma siguiendo las fuentes del Nuevo Testamento y del Libro de los Hechos¹⁸. Repasando estos textos podemos tomar conciencia de cómo los mismos discípulos se niegan a aceptar que el itinerario de la pasión y de la muerte sea el verdadero camino del Mesías.

Pero, tras las apariciones y explicaciones del Resucitado en el Cenáculo y con los de Emaús, comprenderán que todo eso debía suceder según el plan de Dios. Con esas explicaciones, se abrieron sus mentes y comprendieron qué contenido debía explicitar su predicación: la voluntad salvífica de Dios realizada en la historia del Hijo. Es el mensaje que intenta despertar la adhesión personal, colocando al hombre frente a la decisión de la metanoia tras la aceptación sumaria y global de la persona de Cristo.

Según O. Casel, la esencia del misterio pascual, expresado en la formulación del kerigma predicado por Pedro y Pablo, se asentaría en el misterio de pasión y resurrección, de muerte y vida, o mejor, de paso de la muerte a la vida, primero de Cristo y luego de los cristianos¹⁹. La Pascua implica un “paso” de Cristo de la vida a la muerte, para vivir gloriosamente, que, en contrapartida, hace posible la Pascua del cristiano, es decir, el paso de la muerte a la vida de resucitados. En la Pascua se juntan el efecto y la causa eficiente: el paso de Cristo, de la vida a la muerte, obtiene como resultado el paso del hombre de la muerte a la vida²⁰.

En el kerigma, –considerado globalmente, como predicación de Cristo y no sólo de su muerte y resurrección–, se pueden distinguir varios aspectos o dimensiones. En primer lugar, la predicación de su misterio pascual; también

17 Cf. A. RETIF, *Foi au Christ et mission* (Paris 1953).

18 Los Hechos nos presentan los ejemplos clásicos del Kerigma: resúmenes de la predicación de Pedro el día de Pentecostés (Hch 2 y 3), San Pablo en Antioquía de Pisidia predicando a los judíos (c. 13), predicando a los paganos en Listra (c. 14) o en el areópago de Atenas (c. 17). Por su parte las *Cartas* nos presentan, como las denomina Rétif, “kerigmas de alusión”, breves afirmaciones que recuerdan la predicación misionera primitiva (cf. B. CABALLERO, “Cristo, centro del Kerigma. Una predicación misionera”: *Pentecostés* 3 [1965] 8).

19 Cf. O. CASEL, *La fête de Pâques dans l'Eglise des Pères* (Paris 1963).

20 Esta confianza aparece manifiesta en la Carta que Ignacio de Antioquía escribió a la Iglesia de Esmirna: “su pasión que es nuestra resurrección” (cf. IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Carta a los Esmirnotas*, 5, 3; en: D. RUIZ BUENO, *Padres Apostólicos* [Madrid 1950] 491; J. J. AVIÁN CALVO, *Fuentes patrísticas*, I [Madrid 1991] 175).

el anuncio de su glorioso retorno, y finalmente la predicación del deber de adherirse a Él como condición para obtener la salvación. En otras palabras, se podría hablar del aspecto histórico del kerigma; del aspecto escatológico y del aspecto de exhortación y exigencia. Consecuentemente, a estos tres aspectos del kerigma corresponden en los oyentes las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad.

“Sepultados con Cristo...”: el desarrollo posterior acentuará la teología bautismal que se convertirá en la teología de la tradición. No parece una teología bautismal casual, especialmente si tenemos en cuenta que ya san Pablo presenta el bautismo como inmersión en la muerte de Cristo (cf. Rm 6,3-4). Profundizando en este mismo texto, parece inferirse la idea de que el bautizado debe caminar en novedad de vida siguiendo el ejemplo de Cristo resucitado, que otorga al bautizado la gracia de ser sepultado con Cristo en la muerte y resucitar con Él a la vida. La Pascua era día bautismal, porque era el día de la pasión, y es día bautismal por ser el día de la resurrección²¹.

2. LA PROCLAMACIÓN DEL KERIGMA HACE PRESENTE EL ACONTECIMIENTO PASCUAL

Es comprensible que el primer anuncio del kerigma, inmediatamente después del acontecimiento de Pentecostés, sea puesto en boca de Pedro, comisionado por Cristo para ser la piedra que sustenta la fe de sus hermanos. Ese anuncio kerigmático es el resultado de la Pascua-Pentecostés y la quincuagesencia de la primera y sempiterna evangelización cristiana.

C. H. Dodd²² ha sintetizado los contenidos fundamentales del kerigma en los siguientes términos: 1) Ha llegado el tiempo de la plenitud anunciada por los profetas; 2) Esto ha tenido lugar mediante el ministerio, muerte y resurrección de Jesús, todo según el plan salvífico de Dios; 3) En virtud de la resurrección, Jesús ha sido exaltado a la diestra de Dios como cabeza mesiánica del nuevo pueblo de Israel; 4) El Espíritu Santo en la Iglesia es el signo del poder y de la gloria presente de Cristo; 5) La época mesiánica alcanzará en breve su consumación en el retorno de Cristo.

²¹ Cf. CANTALAMESA, *La Pascua de nuestra salvación*, 91-197.

²² Cf. C. H. DODD, *La predicación apostólica y sus desarrollos* (Madrid 1974) 22-26.

Si Jesús es el Mesías esperado, instrumento de salvación que Dios ofrece a todos, entonces es que han comenzado los tiempos últimos. La dirección de la existencia ya no será hacia Jerusalén, sino hacia Jesús (como dijimos en páginas anteriores), de modo que habrá que anunciarlo urgentemente a todas las naciones. Es el tiempo de la misión. No importa tanto lo que hizo o dijo Jesús, *sino lo que es*. Todas estas ideas se fusionan en la cabeza y corazón de Pablo para empujarle irresistiblemente a evangelizar. Se siente obligado a predicar; tiene que anunciar a Jesucristo del que se siente apóstol.

A partir de ese momento, toda proclamación –sea el anuncio del kerigma, sea la catequesis, sea la didascalía–, es por su misma naturaleza cristocéntrica, si bien es pregón del plan divino de la salvación realizado por la Trinidad²³. Pero el mismo kerigma nos muestra una jerarquía: no todo tiene el mismo relieve e importancia en la historia de Cristo. Entre los acontecimientos de su vida (todos ellos salvíficos), resaltan dos que tienen una importancia central: su muerte y resurrección. Y entre esos dos, el primer puesto corresponde a la resurrección²⁴. De hecho, los Apóstoles no se llaman testigos de su muerte, sino que se autodenominan “testigos de su resurrección”.

Cristo está presente en el provenir que divisan los apóstoles. En Él ven la recapitulación del mundo y de la historia. Este dinamismo cristológico-pascual del kerigma apostólico primitivo no es circunstancial; ni está condicionado históricamente, sino que es inherente a la predicación cristiana. La experiencia pascual de los apóstoles es el punto de partida de la primera evangelización cristiana. Pero, también, es el contenido esencial de la evangelización que la Iglesia siempre tendrá de realizar.

La fe pascual no es simple iluminación humana, ni un simple “caer en la cuenta” o entender lo que antes no habían entendido. El Espíritu, que Jesús

23 Todas las obras de Dios llevan el sello de la Trinidad es lo que los Padres llaman “perijoresis” o compenetración mutua de las tres personas divinas. Los Padres de la Iglesia formulan además el principio de la presencia trinitaria en toda la obra de la salvación con otras expresiones, como: “El Padre ordena, el Hijo ejecuta, el Espíritu vivifica”. Para usar la conocida metáfora de Ireneo, “Dios (el Padre) crea el mundo y modela al hombre con sus ‘dos manos’ (el Hijo y el Espíritu)”. El hombre es transformado, ante todo, por el Espíritu (*pneumatización*), lo cual tiene como efecto la inserción en Cristo (*cristificación*). Pero, desde el momento en que se hace “hijo en el Hijo”, el hombre se ve llevado a los abismos del Padre (*divinización*). Por consiguiente, la santificación del hombre es una íntima participación en la vida trinitaria; toda la Trinidad participa en la santificación del hombre.

24 Con esta predicación de la historia de la salvación realizada por Dios, el hombre se ve precisado a tomar una postura comprometida de toda su persona y existencia (cf. CABALLERO, “Cristo, centro del Kerigma”, 10-11).

había prometido, transforma radicalmente la vida de los apóstoles de todos los tiempos²⁵, provocando en ellos una adhesión inquebrantable al Jesús ahora vivo y a su causa. Por eso, Pentecostés es señalado como el acontecimiento que da origen a la Iglesia y a la evangelización en todo tiempo y lugar.

Este anuncio kerigmático, que ha transformado la vida de los “testigos”, irá acompañado de signos, que prueban el poder del Señor resucitado y exaltado. Pero, el signo más contundente es la nueva forma de vida de la comunidad de los creyentes, tal como la describen los sumarios de Hechos. El testimonio de la comunidad es el mejor respaldo del anuncio evangelizador²⁶: la vida de la comunidad testifica que Cristo está vivo y que su Espíritu sigue generando vida en medio de la historia humana²⁷.

Todos los discursos considerados esencialmente kerigmáticos, ya desde el mismo discurso predicado por Pedro el día de Pentecostés (cf. Hch 2,22-38), contienen siempre el anuncio de Cristo. La persona de Cristo es el centro de la evangelización, pero no todo en su vida tiene el mismo relieve. Entre los acontecimientos de su vida resaltan dos que tienen una importancia central: su muerte y resurrección. Este último concepto de resurrección se asocia íntimamente con la glorificación de Cristo por el Padre, que le resucitó de entre los muertos. El cristianismo en su más profunda esencia es Cristo, muerto y resucitado por nuestra salvación²⁸, glorificado y exaltado a la derecha del Padre.

Todos los acontecimientos del evangelio son inseparables y conforman el único e indiviso misterio pascual de Jesucristo²⁹, clave de la historia salvífica que culmina en la Parusía, pascua definitiva de Cristo. Este es el nudo gordiano: todo el evangelio y en él toda la historia humana han de ser leídos e interpretados desde la Pascua, el don del Espíritu y la Parusía. En Jesús de Nazaret, crucificado y resucitado, la aceptación del ofrecimiento que Dios

25 Cf. *Ibid.*, 13.

26 Cf. B. CABALLERO, *Bases de una nueva evangelización* (Madrid 1993)103.

27 Cf. MARTÍNEZ DIEZ, *La nueva evangelización*, 58-60.

28 Cf. CABALLERO, *Bases de una nueva evangelización*, 105.

29 Cf. *Id.*, “Cristo, centro del kerigma”, 3-23. Es claro que hemos de contemplar todo el Misterio de Cristo, desde la Encarnación hasta el Calvario, desde una perspectiva de experiencia y fe pascuales. De ese modo, podremos entender mejor los relatos de la infancia o el mismo acontecimiento de la Encarnación. Con este nuevo enfoque, podemos releer todos los relatos evangélicos, desde los relatos de la infancia, desde una óptica pascual. Son tan Evangelio como los relatos de la pasión y resurrección. Por eso es urgente y necesario vivir y experimentar los acontecimientos de la Infancia desde la Pascua. De hecho, es en el marco pascual donde hoy celebra la Iglesia los sucesos de los orígenes.

hace de sí es absoluta, final e irrevocable, debido precisamente a su muerte y resurrección. De aquí que Jesús sea el modelo único y la fuente de salvación universal y única. En la muerte y resurrección de su Hijo, el Padre se revela y manifiesta que el Hijo es el acontecimiento salvífico para toda la humanidad. Esta revelación será confirmada por el Espíritu en Pentecostés, y seguirá revelando el misterio del Hijo a los pueblos a lo largo de todos los tiempos³⁰.

El mismo anuncio del Evangelio, que hoy sigue brotando de la experiencia pascual, forma parte de esta intervención salvífica actual de Dios. Este anuncio es acontecimiento que sigue desentrañando la acción misteriosa de la Trinidad, a la cual ha de corresponder la decisión afirmativa del hombre, por la conversión y la fe, para que se produzca la obra salvadora del amor de Dios. Bajo la moción del Espíritu, Cristo se hace presente en el anuncio. Sólo si Cristo se hace realmente presente, los oyentes podrán encontrarse e incorporarse a Él para, así, acceder verdaderamente a la experiencia pascual y a la salvación que el Padre ha obrado una vez para siempre³¹.

Los temas dominantes vienen resaltados en el mandato, “anunciaréis la muerte del Señor”, “para la remisión de los pecados”, “en espera de su venida”³². La proclamación petrina de la resurrección de Jesucristo concluye con un anuncio de su vuelta como juez de vivos y muertos. Todo este amplio contenido va íntimamente unido a la invitación a la conversión³³. Efectivamente, la invitación a la conversión es la primera palabra que Pedro pronuncia como consecuencia de la proclamación de la resurrección de Jesucristo y de la efusión el Espíritu Santo (Hch 2,38). La predicación postpascual se presenta insistiendo en la necesidad de convertirse del pecado cometido por haber rechazado al justo. Esta necesidad de conversión es la que contemplan los discursos de Pedro en Jerusalén y de Pablo en Antioquía de Pisidia.

Todos los evangelios hablan del solemne mandato de andar por todo el mundo y proclamar la buena noticia del ofrecimiento divino del perdón

30 Cf. R. SCHNACKENBURG, *The Gospel according to St. John*, III (Seabury Press 1982) 136.

31 Cf. J. C. CARVAJAL BLANCO, “Primer anuncio y llamada a la conversión”, en: CARVAJAL BLANCO, *Emplazados para una nueva evangelización*, 164-166.

32 Cf. A. WOLANINI, *Teología della missione* (Roma 1994) 130-134.

33 En el documento *Desiderium et cognitio* de la CTI, puede leerse: “Por tanto, el anuncio del Evangelio no se puede separar del anuncio del juicio y de la invitación a la conversión”, *Enchiridion Vaticanum*, 8 (Roma 1984), nº 432, 375. Cf. A. SEUMOIS, *Théologie missionnaire*, II (Roma 1980-1981) 145-152.

de los pecados y de la plenitud de la vida³⁴. La misión de la Iglesia brota de la misma actitud compasiva que propició la Encarnación y todo el misterio pascual de Cristo. Esta actitud compasiva del Maestro exige también hoy la necesidad y urgencia de la misión cristiana³⁵. Una vivencia fuerte de la fe en Jesús resucitado, lleva espontáneamente a querer comunicarla a los demás. La consciencia de su importancia para todo hombre, el destino universal de la salvación que incluye, la bondad que comunica y quiere comunicar, llevan espontáneamente al apostolado. En este sentido, González Gil afirma que “no hubiera hecho falta que Jesús resucitado, con palabras audibles, pronunciase el mandato...bastaba con que los apóstoles hubiesen percibido el sentido de la resurrección”³⁶.

No nos aventuremos en hipótesis, ya que lo que especifica la historia de la salvación es la desconcertante y sempiterna sabiduría y compasión de Dios. Por esa razón, la reflexión sobre esta dinámica servirá para descubrir la continuidad interna del movimiento profético de Jesús con el movimiento misionero de la Iglesia. Pero, sin mandato expreso, ¿se hubieran lanzado los primeros cristianos a la proclamación de la resurrección de Jesús ante el mundo entero?

Los primeros cristianos se comprometieron existencialmente en esta proclamación, tras la experiencia del misterio de Jesucristo resucitado, de su presencia viva y gloriosa, así como de su realeza y poder sobre toda la historia. Todo esto vendría contemplado en la esencia misma del contenido del mensaje, que transmitían tras haber hecho experiencia de ello (cf. 1 Jn 1,1-3). En ese mensaje se anuncia a Jesucristo, quien, por la fuerza del Espíritu Santo, ha venido a traer la salvación al mundo entero. Así, desde la misma mañana de Pentecostés, los discípulos de Jesús fundamentan todo el anuncio en el Cristo, vivo y sentido como presente, a fin de direccionar al receptor del mensaje a un primer encuentro con el Resucitado para que, viviendo un proceso permanente relación y purificación, logre dar un sentido pascual a toda su vida.

34 Lucas concluye su evangelio con el mandato: “Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas” (Lc 24,45-48).

35 Cf. Cf. J. TOMKO, *La missione verso el Terzo millennio. Attualità, fondamenti, prospettive* (Bologna 1998) 255-256.

36 M. M. GONZÁLEZ GIL, *Cristo, misterio de Dios*, II (Madrid 1976) 420.

V. UNA EVANGELIZACIÓN QUE DA VIDA A LA IGLESIA

A lo largo de toda la peregrinación de Jesús por nuestra historia, pero especialmente en el acontecimiento pascual, Dios muestra que ya reina. El Resucitado se convierte en testimonio vivo de la soberanía del Padre. Dios realmente reina, está presente y activo en el mundo, si bien ese Reino³⁷, sólo se instaurará definitivamente al final de los tiempos, una vez que todo haya sido recapitulado en Cristo. Este dinamismo escatológico hay que entenderlo como un dinamismo de profundidad, en el que, a partir de lo provisional se va realizando lo definitivo.

Era necesario que la muerte ignominiosa de cruz encontrara rápidamente, en el mismo anuncio, su justificación histórica, su confirmación profética y su explicación teológica. Pero era necesario también que una muerte así fuera rescatada intrínsecamente por la luz de la gloria, por el sello de la aceptación divina. No se trata esencialmente de una muerte ignominiosa, sino de una muerte “para la remisión de los pecados”; es decir, “expiatoria”, “vicaria” y también “propiciatoria”, que fundamenta una “nueva alianza” mediante la “remisión de los pecados”, “en espera de Su Venida”. Esta perspectiva escatológica aparece como una línea de fuerza hacia los tiempos del fin, tiempos de la realización en el banquete escatológico, “en el Reino de Dios”.

La Pascua, desde esta perspectiva, se transforma en el sacramento que recuerda la muerte y resurrección del Señor y, al mismo tiempo, mantiene despierta la espera de su retorno. Este es el “misterio de nuestra fe”: la proclamación del kerigma es también, y al mismo tiempo, el sacramento de la “presencia real viva” del Señor en el tiempo de la Iglesia.

Por tanto, el tiempo entre la primera Pascua y la del Reino de Dios no está vacío: Cristo lo llena de sí, con su presencia viva glorificada y glorificadora como víctima eucarística; cordero pascual cuya presencia continúa en la vida de la Iglesia. Cristo ya resucitado es la nueva condición “espiritual”, en la que se encuentra y en la que actúa la víctima pascual de los cristianos. Esta continuidad de la víctima, el Cordero-degollado-resucitado-glorioso, es el

37 Existe una pequeña diferenciación: en los sinópticos prevalece la expresión “predicar el Reino de Dios”, mientras que en Pablo prevalece la expresión “predicar a Cristo”. Esta diferencia en el lenguaje nos permite rastrear la evolución de la evangelización desde el Jesús histórico hasta la comunidad apostólica pascual (cf. *Dono, La predicación apostólica y sus desarrollos*, 6-7).

verdadero vínculo que en esta perspectiva une en un único misterio, muerte y resurrección.

El dinamismo misionero que brota de Pentecostés encuentra su expresión en la vida de la primitiva comunidad de Jerusalén, testigo y testimonio de la resurrección de Cristo: experiencia del Resucitado y misión se compenetran mutuamente. La fe a predicar es la afirmación de que Jesús ha resucitado, no al modo de Lázaro y por ello sujeto de nuevo a la ley natural de la mortalidad, sino con gloria, viviendo un “acontecimiento y no sólo un estado celeste”³⁸.

El tema de la resurrección de Jesús es capital para entender el mandato de evangelizar y la promesa que brota de los labios de Jesús resucitado. Además, es el contenido del mensaje a proclamar al mundo entero; mensaje para el que los apóstoles son solemnemente investidos como testigos por el mismo Jesús resucitado.

La fe y actividad evangelizadora de la Iglesia no es la proyección de un deseo. Una reflexión profunda del hecho de la resurrección nos lleva de inmediato a comprender que la Cena Pascual, la Cruz, Resurrección, Ascensión, Pentecostés y la Parusía son inseparables y conforman el único e indiviso misterio pascual y, por ello mismo, también conforman el núcleo de la predicación de los apóstoles y de la misión evangelizadora encomendada a toda la Iglesia.

En el Catecismo de la Iglesia (CCE 778) se subraya claramente esta unión íntima entre Cristo y la Iglesia por el Espíritu. La Iglesia es el fruto de la Encarnación del Verbo, del misterio pascual de Jesucristo³⁹ y de los dones del Espíritu. Ella es más que un fenómeno histórico y sociológico. Existe para proclamar el ofrecimiento de salvación de Dios a todos los hombres y para transformar a las personas en hijos de Dios a imagen de su Hijo.

Al mismo tiempo que se celebra el misterio de Cristo vivo también se construye la comunidad, que toma conciencia de cuál es su origen y su misión. Por la eucaristía se llega a la plena participación del misterio pascual, como fuente y culminación de toda la evangelización (cf. PO 5). La Iglesia existe como su signo visible e instrumento de proclamación; nació del misterio pascual de Jesucristo (cf. SC 5), de modo que la misión que realiza la Iglesia es participación y continuación de la misma misión que Jesús recibió del Padre y

38 Cf. J. GALOT, *Gesù liberatore* (Firenze 1978) 375.

39 Cf. J. TOMKO, *La missione verso el Terzo millennio. Attualità, fondamenti, prospettive* (Bologna 1998) 255.

que realizó en el Espíritu Santo. Jesús comunicó a la Iglesia su misma misión que comenzará en la Iglesia bajo la guía del Espíritu.

La proclamación de Jesús es uno de los contenidos fundamentales, pero, esta perspectiva está unida al anuncio de su vuelta como juez de vivos y muertos. Esta proclamación se presenta en conexión con la muerte redentora, tal y como puede apreciarse en el discurso de Pedro en Pentecostés (Hch 2), en la intervención ante el sanedrín (Hch 3-4) o en el discurso de Pablo en Antioquía de Pisidia (Hch 13).

VI. CONCLUSIÓN

Todas las apariciones del Resucitado, en Jerusalén o en el camino de Damasco, incluyen la triple dimensión: la paz, el Espíritu para el perdón de los pecados y la misión que constituye a los apóstoles en heraldos y testigos de aquel acontecimiento y de lo que significaba esa vida nueva para el mundo.

La predicación evangelizadora de Pedro y Pablo son plenamente cristocéntricas. Brota de la experiencia y profesión de fe en Cristo Jesús muerto, resucitado y constituido por el Padre como Señor (1 P 1,3; 1 Co 15,1-14; cf. Ef 1,15-23; Col 1,15-20). Para ambos apóstoles, el acontecimiento de la resurrección del Señor es de tal trascendencia que, de no ser verdad, toda su predicación y la fe de los cristianos caerían por tierra, desprovistas de su cimiento.

La conversión y la salvación son un lento camino hacia la plenitud de la vida. El misterio pascual de Cristo es salvación para toda la humanidad. Precisamente por ello, la humanidad entera espera de los creyentes un anuncio explícito, comprensible y convincente del misterio pascual, y necesita ver el testimonio de una comunidad eclesial que muestre, en su vida, la eficacia de los signos de la presencia activa de Cristo resucitado⁴⁰.

La Iglesia “existe para evangelizar” (EN 14), para realizar el encargo de su Maestro y dar vida a la espera de la humanidad, pero en fidelidad a Jesucristo, vivo y glorioso, presente por su Espíritu en ella. Dado que de evangelizar se trata, no podemos menos de afirmar que el evangelizador deberá identificarse, lo más perfectamente, con Jesucristo, que es “el primero y más grande

40 Cf. ESQUERDA BIFET, *Teología de la evangelización*, 248-249.

evangelizador” (*ibid.* 7). Pero en este tratar de identificarse con el Maestro no basta seguir su estilo o método evangelizador. No. Es necesario evangelizar desde la Pascua de Cristo vivo y resucitado, pasando antes por su corazón, comprometiéndose con él en unidad de sentimientos. Solo de este modo los evangelizadores podrán evangelizar como Cristo, obediente siempre al Padre y obrando a impulso del Espíritu Santo, que inhabita en las almas de los fieles por la vida de la gracia.

El fundamento primordial de esta vocación evangelizadora se encuentra en la experiencia de Jesucristo vivo y presente en medio de su comunidad y en la celebración y vivencia del sacramento de la Pascua: el bautismo (EG 120; DGC 231). De este sacramento se desprenden los elementos principales que proceden del Espíritu y que son necesarios para la evangelización: en virtud del bautismo, el Espíritu de Dios actúa como fuerza y guía hacia la verdad plena; dota al pueblo de Dios de un “instinto de fe” y ayuda a discernir lo que viene de Dios (cf. EG 11g). En este contexto, el papa Francisco enfatiza el deber de evangelizar de cada bautizado. Este deber no se fundamenta en los conocimientos o adiestramientos adquiridos, tampoco en el lugar que ocupa dentro de la Iglesia, ya sea como consagrado o laico, sino precisamente en el bautismo que implica a todos los bautizados como protagonistas de la nueva evangelización.